

La calle Marquesa de Squilache

Una de las escasas formas en que un pueblo puede y debe honrar a aquellos que lo han honrado, es el de dedicarles el recuerdo de una calle. Los callejeros son una parte importante de la historia de un pueblo, a través de la cual puede, si nos esforzamos en saber el porqué, conocerse el pasado del mismo.

Hay calles en las que el origen de su nombre es evidente, la Calle Real se corresponde con el antiguo camino Real, la calle del horno, las cuatro esquinas... algunos se nos escapan como la calle Chamberí, pero hay nombres que han desaparecido del callejero por desidia o ignorancia, por ejemplo la Calle de Mateu que corresponde a la Calle del Chorrillo, hoy pomposamente llamada Avenida de la Constitución, o la de Cantarranas, hoy Ramón y Cajal, otras calles no llegaron a figurar en placas como la del Hospital. Sin embargo el motivo de esta reflexión es el de devolver su nombre a la Marquesa de Squilache, que le fue hurtado no por desidia o ignorancia, sino simplemente por error ya que el nombre que en ellas aparece es el de Esquilache, que nada tuvo que ver con Alhama y al que nada debemos, como así mismo pasó con el otro error, ya subsanado, el de la calle de D. Manuel Cortel, maestro abnegado que fue de este pueblo.

La Marquesa de Squilache fue una mujer adelantada a su época, una feminista culta y de gran corazón que alcanzó la fama tanto por su inteligencia como por sus buenas obras. Amiga de Pardo Bazán, presidió junto con Pérez Galdós y Alberto Aguilera siendo secretario Mesonero Romanos y Presidente del apartado musical Tomás Bretón, sus tertulias eran el modelo de modernidad, en que se miraban las clases acomodadas de la época. Sin ser aceptada del todo por la más rancia aristocracia, su salón o sarao fue lugar de encuentro de las mentes más claras y los más poderosos, no siendo extraña la presencia de los Reyes, poniendo a Alhama de moda entre su círculo y admiradores. Impulsó el papel de la mujer en la sociedad siendo respetada y admirada por los intelectuales, a la vez que socorrió a los obreros andaluces en las hambrunas del 1905 en Utrera, Lebrija, Osuna y Motril donde cuenta con una calle. En Alhama costeó el llamado hospital, que en realidad era un albergue de transeúntes y costeó la dote de numerosas jóvenes que carecían de recursos, las personas más mayores del pueblo aún recuerdan la sensibilidad y preocupación de la misma con los más desfavorecidos, especialmente para con las mujeres.

Muerta en Mayo de 1905 fue enterrada en el asilo de San Martín, asilo que fue, junto con otros 10 asilos y orfanatos, costado por ella. Este último viaje lo realizó en su landó, en el que tantos recorridos había realizado, acompañada de aquellos con y para los que había vivido, intelectuales, escritores, pintores, músicos... y un nutrido número de huérfanos y asilados además de nobles y políticos.